



Documentos de Estudio

El hombre a la defensiva

José Ortega y Gasset

Centro de Estudios de Gobierno (CEGOB)
Universidad Católica Argentina – Campus del Rosario
Av. Pellegrini 3314 – S2000
Rosario – Argentina
uca.edu.ar/rosario
cegob@uca.edu.ar

El siguiente es un extracto del ensayo “Intimidades”, de José Ortega y Gasset, publicado en revista *El Espectador*, Tomo VII, en 1929. En él, Ortega profundiza sobre las características culturales del ser argentino, presentando una visión compleja pero a la vez descarnada de lo que consideraba una “sociedad joven”. Interpelando las conductas, preocupaciones y apariencias del ser argentino, formula un ensayo de notable calidad literaria y sensibilidad analítica. Sus comentarios y observaciones guardan, aún hoy, una sorprendente vigencia. Aquí se emplea la edición de Alianza, Madrid, 2016.

El hombre a la defensiva

No creo que exista sino una manera radical de juzgar con justicia, es decir, con plena comprensión una cosa, y es ésta: destruirla imaginariamente y luego intentar reconstruirla en la idea. Ejemplo: el europeo que va a la Argentina y encuentra lo que ésta ya es, parte de esto que ve y busca lo que falta. De ésta suerte sólo cabe descubrir los defectos y manquedades de una nación y es el método más seguro para ver el mundo lleno de agujeros, fracturas y ausencias. No agradece el viajero lo que los argentinos han logrado hacer hasta ahora, en vista de que aún les falta mucho para dar por fabricado un pueblo adulto y echarlo a andar por la historia. Pero si en vez de partir de la Argentina actual se la aniquila *in mente* y se encuentra uno con la Pampa inicial y los vagos tropeles de la indiada y los pequeños núcleos de colonizadores españoles y se piensa que en poco más de un siglo con esos materiales ha podido edificarse la nación que hoy hallamos, nos parecerá la historia argentina una *performance* maravillosa. La verdad es que la Argentina actual *no debía* existir, quiero decir que las meras fuerzas de mecánica histórica que la han favorecido no bastan para explicar su existencia. No basta una ancha tierra fértil para que un pueblo se organice, sobre que en la tierra argentina la fertilidad está negativamente compensada por no pocos defectos geográficos. Si sólo esas fuerzas mecánicas hubiesen actuado, el más natural producto habría sido una pululación de Estados independientes y ariscos entre los Andes y el Plata o, a lo sumo, una federación como Australia, bajo cuya unidad oficial perdura la más agria hostilidad entre los Estados particulares. Porque más, mucho más que todos los adelantos económicos, urbanos, etc., de la Argentina, sorprende el grado de madurez a que ha llegado allí la idea del Estado.

Recuerdo que la advertencia de esto fue la impresión más inesperada y fuerte que de la vida pública argentina recibí en mi primer viaje y que el reciente no ha hecho sino confirmar. Yo presumía hallar un Estado aún blando, vago, de aristas poco acusadas y apenas diferenciado del gran protoplasma social. Encontré un Estado rígido, ceñudo, con grave empaque, separado por completo de la espontaneidad social, vuelto frente a ella, con rebosante autoridad sobre individuos y grupos particulares. A veces en Buenos Aires me acordaba de Berlín porque veía por dondequiera asomar el perfil jurídico y de gendarme de las instituciones públicas.

No quiero decir con esto que la Administración sea ejemplar; tal vez son frecuentes en ella los desmanes, aunque mucho menos de lo que se podía presumir. La Administración es la periferia del Estado, la zona por donde toca con la espontaneidad social, y por muy enérgico que aquél sea, los hechos administrativos corresponden al nivel de la sociedad más que al del Estado.

Para mí es cosa clara que entre la realidad social argentina y su idea de Estado hay un curioso desequilibrio y como anacronismo. Esta va muy por delante de aquella, y pareja incoincidencia acusa en conjunto muchas cosas buenas y malas, plausibles y peligrosas.

En el Estado la nación se mira a sí misma, o, dicho en otra forma, lo que el Estado sea en una nación, simboliza la idea que esa nación tiene de sí misma. En este punto no hay inconveniente en aceptar la tesis de Hegel, previa extirpación de sus raíces metafísicas. El Estado es la reflexividad nacional.

El anormal adelanto del Estado argentino revela la magnífica idea que el pueblo argentino tiene de sí mismo. Y como se trata de una nación incipiente, esta idea no es una memoria de antiguas hazañas cumplidas, sino más bien, una voluntad y un proyecto. Pues bien, el pueblo argentino se proyecta a sí mismo en alto módulo.

No es que en la vida se hagan proyectos, sino que toda la vida es en su raíz proyecto, sobre todo si se galvaniza el pleno sentido balístico que reside en la etimología de esta palabra. Nuestra vida es algo que va lanzado por el ámbito de la existencia, es un proyectil, sólo que este proyectil es a la vez quien tiene que elegir su blanco. Nuestra vida va puesta por nosotros a una u otra meta. La elección de blanco no será totalmente libre; las circunstancias limitan el margen de nuestro albedrío. Pero ha sido una tenaz ceguera de los ideólogos atender sólo a esta limitación de la libertad vital y no advertir que también está limitada la fatalidad, que nunca nos determina completamente, sino que en todo instante y situación no sólo podemos, sino que inexorablemente tenemos que elegir lo que vamos a hacer.

Por esta razón nada califica más auténticamente a cada una de las personas que conocemos como la altura de la meta a la cual se proyecta su vida. La mayor parte rehuye el proyectar, lo cual no es menos proyección. Van a la deriva, sin rumbo propio: han elegido no tener destino aparte y prefieren diluirse en las corrientes colectivas. Otros ponen su vida a metas de escasa altura y no podrá esperarse de ellos sino cosas *terre à terre*. Pero algunos disparan hacia lo alto su existencia y esto disciplina automáticamente todos sus actos y ennoblece hasta su régimen cotidiano. El hombre superior no lo es tanto por sus dotes como por sus aspiraciones si por aspiraciones se entiende el efectivo esfuerzo de ascensión y no el creer que se ha llegado.

Parejamente una nación puede estar puesta a una existencia chabacana o proyectarse hacia el cenit.

El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras: quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial.

¿De dónde ha venido a la Argentina esta magnánima voluntad? ¿Ha actuado en ella desde sus primeros pasos, o ha surgido en una revuelta de su camino histórico? No conozco suficientemente

el pasado de esta República para intentar contestarme a mí mismo estas preguntas. Lo que sí creo es que esa alta idea de sí propio anidada en este pueblo es la causa mayor de su progreso y no la fertilidad de su tierra ni ningún otro factor económico. La aspiración hacia lo alto es una fuerza de succión que moviliza todo lo inferior y automáticamente produce su perfeccionamiento.

Pero la altanería de los proyectos tiene algunos inconvenientes. Cuanto más elevado sea el módulo de vida a que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto –lo que queremos ser- y la situación real –lo que aún somos-. Mientras llevemos clara la partida doble que es toda vida – proyecto y situación- sólo ventajas rinde la magnanimidad. Pero si de puro mirar el proyecto de nosotros mismos olvidamos que aún no lo hemos cumplido, acabaremos por creernos ya en perfección. Y lo peor de esto no es el error que significa, sino que impide nuestro efectivo progreso, ya que no hay manera más cierta de no mejorar que creerse óptimo. La idea magnífica que de nuestro posible ser tenemos, solidificándose sobre nosotros, nos hermetiza para recibir nutrimento del contorno y para dejar salir fuera en actos, ensayos, efusiones nuestra intimidad que se está haciendo. Además, anula todas las germinaciones originales de nuestra espontaneidad creadora que, broncas e irracionales como toda creación, no coinciden con aquella pulida idea, tal vez la niegan.

¿No acontece algo de esto en la nación argentina? ¿El excesivo adelanto de su idea estatal, no coarta muchas iniciativas de perfil menos correcto jurídicamente, de aspecto más caótico, pero que aún necesita este pueblo novel para su íntimo crecimiento? Esto nos llevaría a hacer una pregunta que ha de entenderse *cum grano salis*: ¿no hay demasiado orden en la Argentina? Lo que ya se ha logrado allí, ¿se habría logrado si ese riguroso orden estatal hubiera preexistido? No es oportuno desarrollar ahora estas preguntas, ya que, como se verá, voy de paso hacia otro tema. Pero no extrañe excesivamente que si es uso entre los que hablan de la Argentina señalar lo que le falta, comienzo yo por subrayar lo que le sobra, y en lo que podía parecer una ventaja absoluta vea yo un posible defecto y un verosímil peligro.

La razón es ésta: uno de los caracteres más salientes del pasado siglo fue su entusiasmo por el Estado. Por eso hizo de la política el centro de su preocupación. Se consiguió de esta manera formar los Estados más perfectos que han existido en todo el ámbito histórico. Mas por lo mismo, de ellos viene el más grave riesgo que hoy amenaza a la civilización. Cuando el Estado llega a cierto grado de desarrollo es una máquina formidable, tan eficiente y ejecutiva, tan fácil de manejar que es muy difícil resistir a la tentación de usarla siempre que se tropieza con algún problema colectivo y siempre que la porción dominante de ciudadanos desea que las cosas pasen de este o el otro modo. Con sólo tocar el resorte del Poder público, el gigantesco artefacto autoritario pone en movimiento su fabuloso cuerpo mecánico, ortopédicamente ajustado a la sociedad, y obtiene, sin posible oposición, el resultado apetecido. La masa se encanta al ver su Estado, que la representa, funcionando arrolladoramente, triturando sin esfuerzo mayor toda voluntad indócil que pretenda enfrentársele.

Desgraciadamente, la falta mayor de nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio ha sabido menos del pasado. Ahora bien, adjunta a sus desventajas, la superioridad de una civilización vieja es la experiencia histórica acumulada que le permitiría evitar

las fatales e ingenuas caídas de otros tiempos y otros pueblos. Conforme un ciclo histórico avanza, los problemas de convivencia humana son más complejos y delicados: sólo una refinada conciencia histórica permite solventarlos. Pero si se encuentra con problemas muy difíciles y su mente, por haber perdido la memoria, vuelve a la niñez, no hay verosimilitud de buen éxito. Los errores mortales de otras épocas volverán indefectiblemente a cometerse.

Esto acontece hoy en Europa y, por reflejo, en todo el mundo. Se ha olvidado o no se ha querido aprender que no haya nada más peligroso para una nación o conjunto de ellas, que pasar la raya en la intervención y autoritarismo del Estado. Cualesquiera sean las últimas causas de la ruina del Imperio romano y de la civilización grecorromana, es indubitable que la más inmediata consistió en el aplastamiento de la espontaneidad social por un Estado desproporcionadamente perfecto. El Estado romano aniquiló, secó hasta la raíz la vida de aquel mundo espléndido. Hoy se intenta recaer en el mismo mortal tratamiento de los problemas nacionales. Se les busca la solución por el camino más corto, que es arrojar sobre y contra ellos al Estado, dejar que éste absorba todo el aire respirable y aplaste individuos y grupos. Si esta tendencia no es vencida pronto, el Estado notará que no puede vivir de sí, que no es él mismo vida, sino máquina creada por la vitalidad colectiva; por ello, menesterosa de ésta para conservarse, lubricarse y funcionar. Bolchevismo y fascismo son dos ejemplos de esta solución elemental y anacrónica –dos ejemplos de primitivismo político que irrumpe en una civilización donde los problemas son de madurez y de alta matemática.

Al fabricarse esa sublime idea de sí misma, ¿no se ha dejado influir la Argentina por esa valoración hipertrófica del Estado que transitoriamente padecen las naciones europeas?

Pero, repito, no es éste el asunto que ahora me interesa. Ese curioso desequilibrio entre la realidad social de la república con nombre de metal precioso y la idea de sí misma que su Estado expresa me sirve de instrumento para penetrar en el alma individual del hombre argentino.

Conste –del hombre. Ahora no hablo de la mujer argentina, a quien en otro tiempo dediqué una exaltada canción. Es preciso que comencemos a corregir un inveterado error que se comete cuando se habla de la psicología de una nación. Se dice: *el francés o el alemán o el español es así o de este otro modo*. Pero, ¿de quién se habla? ¿Del varón o de la mujer? ¿Por qué cerrarse a la evidencia de que en cada país los dos sexos se diferencian mucho más de lo que corresponde a su diferencia sexual? Quiero decir que un francés no solo es distinto de una francesa como un hombre en general lo es de una mujer en general, sino como pudieran diferenciarse entre sí dos hombres o dos mujeres. Es muy frecuente inclusive la contraposición entre el carácter masculino y el femenino, dentro de una nación, en las zonas del alma relativamente epicenas. Si se olvida esto, no se puede llegar a comprender el alma de un pueblo que resulta de la colaboración de dos almas distintas. Y como todo compuesto, sólo se entiende cuando se aíslan sus elementos y se los analiza por separado. Uno de los datos primeros de la historia es que en la civilización sumeria primitiva se usaban dos idiomas –*emeku y emesal*–: uno era el *lenguaje de los hombres* y otro el *lenguaje de las mujeres*. Pues bien, cualquiera que sea la gramática, aun bajo su identidad aparente, perdura esta doble sexuación del lenguaje.

Contra lo que pudiera creerse, no es muy frecuente en la historia que hombres y mujeres de una nación se entiendan bien. Lo general es que sufran unos de otros por una fatal incongruencia que

tiene causas profundas, a veces enigmáticas, otras veces clarísimas. Entre estas últimas hay una que es inconcebible no ver apuntada en historiadores y psicólogos de los pueblos: el distinto nivel de evolución que casi siempre hay entre el hombre y la mujer de un país. Hay épocas en las que el hombre se adelanta hasta maneras sutiles de existencia que la mujer contemporánea es incapaz de sentir. Otras veces es la mujer quien va en vanguardia: comparado con ella el hombre de su tiempo y raza parece tosco, elemental y a medio hacer. Así en los germanos de Tácito y en los romanos durante la realeza y comienzos de la república.

Eludamos cautelosamente diagnosticar con respecto a la Argentina cuál sea su ecuación actual entre el *ying* y el *yang*, entre el principio masculino y el femenino.

Ahora se trata únicamente de fijar uno de los rasgos que en la contextura del hombre argentino sorprende más al europeo. En este punto conviene que el hombre del Plata no se haga ilusiones: la impresión que produce al europeo es sobremanera extraña. Y esta extrañeza se multiplica por la semejanza aparente de todos los elementos que parecen integrar a uno y a otro. El argentino habla idiomas europeos, no contiene sino ideas europeas; la arquitectura de su forma corporal es inequívocamente europea. Sin embargo, cuando tenemos delante a un argentino típico notamos que algo nos impide comunicar con él. Al pronto ocurre interpretar esta difícil comunicación como lo más natural del mundo. ¿No acontece cosa pareja con el asiático, con el africano, con el malayo? Esta es la interpretación más favorable a que recurrirá todo el que en la Argentina se obstine en hacerse ilusiones. Pero la verdad va en otra dirección y no tiene nada que ver con una diferencia continental de las almas. Las almas del continente asiático, del continente africano u oceánico se diferencian de las nuestras por sus contenidos vitales. Delante de esos hombres notamos que es difícil la comunicación porque su intimidad es radicalmente distinta de la nuestra. Sentimos ante nosotros una fuente de vida que del fondo del sujeto mana un licor exótico, cuyo sabor no nos es habitual. Quedamos a distancia de él, sin posible o sin fácil fusión, pero percibimos claramente la causa de ese alejamiento, vemos ante nosotros, un ser moralmente distinto de nosotros, tan distinto que desde luego nos quedamos fuera de él.

En nuestra relación con el argentino las cosas pasan de otra manera. Todo al principio nos invita a la más pronta y deslizante interpenetración. No sólo habla nuestro mismo idioma gramatical, sino el mismo idioma de ideas y valores. El contenido vital es en todo lo importante idéntico al nuestro. Por eso en el trato con él nos lanzamos rápidamente a la intimación. Ese es nuestro error. La velocidad con que intentamos deslizarnos en la intimidad del hombre platense sirve sólo para que choquemos violentamente con su superficie y nos hagamos daño. Ha sido una ilusión óptica. La penetración no era tan fácil. Los caminos hacia aquella intimidad eran sólo un *trompe l'oeil*, como si en una costa acantilada alguien pintase avenidas seductoras.

Afinemos ahora un poco la descripción del extraño fenómeno. ¿Qué notamos después de ese choque inicial? Notamos como si aquel hombre, presente ante nosotros, estuviese en verdad ausente o hubiese dejado de sí mismo sólo su persona exterior, la periferia de su alma, lo que de ésta da al contorno social. En cambio, su intimidad no está allí. Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. Su comportamiento nos parece en parte demasiado pueril para ser sincero, en parte

demasiado repulido para ser también sincero. En suma, notamos falta de autenticidad. La palabra, el gesto no se producen como naciendo de un fondo vital íntimo, sino como fabricados expresamente para el uso externo. Por la palabra que oímos y el gesto que vemos no conseguimos deslizarnos hasta el fondo personal, sino que nos quedamos en ellos como ante algo que fuese sólo fachada. Sin tiempo para prevenirnos topamos con que aquel hombre acaba allí, con que sus manifestaciones no lo son en rigor, ni emanan de su intimidad, ni recíprocamente la abren al prójimo, sino que, por el contrario, son una coraza y una defensa a toda penetración. Detrás del gesto y la palabra no hay –parece- una realidad congruente y en continuidad con ellos.

Déjese a esto cuanto tiene de innegable exageración. Se trata precisamente de exagerar, puesto que se trata de comprender. La plena comprensión comienza por reducir a conceptos o, lo que es lo mismo, a palabras la irreductible realidad. Todo concepto es por su naturaleza una exageración y, en este sentido, una falsificación. Al pensar dislocamos lo real, lo extremamos y exorbitamos. Pero esta violencia que le hacemos nos permite inyectar luz y tornarlo comprensible. Frente a las cosas fabricamos modelos excesivos que nos sirven para entendernos a nosotros mismos en nuestro trato con ellas. ¿No es grotesca la representación topográfica de una tierra? Y, sin embargo nos sirve el mapa para caminar seguros por ella. Este carácter de ficción que tiene el concepto, esta su consciente falsedad es su virtud mayor. Quien no perciba la ironía nativa de todas nuestras ideas que renuncie al ejercicio del intelecto. La exageración es el momento de creación que tiene el pensamiento. En él inventamos un mundo exacerbado, esquemático, compuesto de gritos –todo nombre es un grito, mito, leyenda pero lleno de dramática claridad. La verdad resulta cuando al trasluz de ese mundo ficticio miramos la realidad. Nos basta entonces con restar nuestra propia exageración.

El argentino actual es un hombre a la defensiva. Esto excluye *a límite* la cordialidad en el trato. Al europeo no le sabe una conversación –fuera de la diplomacia o el negocio- si no es, más o menos, un canje de intimidades. Estas ni son ni tienen para qué ser revelaciones de la vida privada. Al contrario: la más auténtica intimidad se manifiesta al hablar sobre el mundo. Cuando dos hombres de ciencia departen sobre problemas de especialidad el tema no es privado, pero la conversación consiste en expresar cada cual lo que íntimamente piensa o vislumbra sobre él. La delicia del trato radica en que el prójimo abra en nuestro honor algunos poros de su alma y nos envíe emanaciones cálidas, inmediatas de su interior. Esto implica un relativo abandono a la situación, la conciencia de sentirse seguro.

En la relación normal el argentino no se abandona; por el contrario, cuando el prójimo se acerca hermetiza más su alma y se dispone a la defensa. Nos encontramos con un hombre que ha movilizadado la mayor parte de sus energías hacia la frontera de sí mismo. Si intentamos hablar con él de ciencia, de política, de la vida en general, notamos que resbala sobre el tema –como dirían los psiquiatras alemanes: *que habla por delante de las cosas*. Es natural que sea así, porque su energía no está puesta sobre aquel asunto, sino ocupada en defender su propia persona. Pero... ¿en defenderla de quién, de qué, si no lo atacamos? He aquí precisamente la peculiaridad que nos sorprende. Que el atacado se defienda es lo más congruente, pero vivir en estado de sitio cuando nadie nos asedia es una pensión superlativamente extraña.

Mientras nosotros nos abandonamos y nos dejamos ir con entera sinceridad a lo que el tema del diálogo exige, nuestro interlocutor adopta una actitud que, traducida en palabras, significaría aproximadamente esto: *Aquí lo importante no es eso, sino que se haga usted bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X; o bien: ¡Tenga usted cuidado! Está usted ignorando u olvidando que yo soy una de las primeras figuras de la juventud dorada que triunfa sobre la sociedad elegante porteña. Tengo fama de ingenioso y no estoy dispuesto a que usted lo desconozca.* Con lo cual nuestro interlocutor no consigue convencernos; antes bien, desperdicia tan excelente ocasión para demostrar que es un periodista inteligente o un hombre de ciencia o un primor de ingenio elegante. En vez de estar viviendo activamente eso mismo que pretende ser, en vez de estar sumido en su oficio o destino, se coloca fuera de él y, *cicerone* de sí mismo nos muestra su posición social como se muestra un monumento.

Pero los monumentos no viven, sino que perpetúan un solo gesto rígido y monótono. Esta actitud defensiva obliga al argentino a no vivir, ya que vivir es una operación que se hace desde dentro hacia fuera y es un brotar o manar continuo desde el secreto fondo individual hacia la redondez del mundo. El europeo se extraña de que el gesto argentino –sigo refiriéndome al varón- carezca de fluidez y le sobre empaque. Si no se detiene creerá que no es más que ese gesto, y su opinión sobre el hombre del Plata será, como suele ser, poco favorable. Sólo una larga convivencia nos permite descubrir bajo esa máscara rígida el flujo de un ardiente lirismo vital. Mas el argentino ocupa la mayor parte de su vida en impedirse a sí mismo vivir con autenticidad. Esa preocupación defensiva frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional.

¿Ha sido el argentino siempre así? Yo no lo sé y tengo una convicción demasiado viva de que los pueblos modifican grandemente su carácter para atribuir a su último e invariable fondo un rasgo que en cierta época le es, sin duda, propio. Pero el que quiera contestarse tal pregunta necesita penetrar un poco más en el análisis de aquella propensión tan extraña.

La descripción de ella que he apuntado no es sólo exagerada, sino que toma únicamente lo más grueso y externo del hecho. Tenemos que calar más. Lo dicho significa meramente que a este tipo de hombre le preocupa en forma desproporcionada su figura o puesto social. Lo excesivo de semejante preocupación sólo se comprende si admitimos dos hipótesis: 1ª, que en la Argentina el puesto o función social de un individuo se halla siempre en peligro por el apetito de otros hacia él y la audacia con que intentan arrebatarlo; 2ª, que el individuo mismo no siente su conciencia tranquila respecto a la plenitud de títulos con que ocupa aquel puesto o rango. Es natural que donde ambos factores existan sea frecuente esa actitud inquieta, soliviantada y defensiva. Yo creo que en la Argentina acontece así y me explico sin dificultad este extraño más externo de la estructura psicológica que he llamado *hombre a la defensiva*.

En efecto, no se olvide lo más elemental: la sociedad argentina se ha hecho y vive cada vez más bajo los embates de la emigración. Miles y miles de hombres nuevos llegan a su costa atlántica sin otro contenido que un feroz apetito individual, anormalmente exentos de toda interior disciplina. Gente desencajada de sus sociedades nativas, donde hubieran vivido, sin darse cuenta, moralizados por un tipo de vida colectiva estabilizada e integral. Pero el emigrante no es un italiano, ni un español, ni un sirio. Es un ser abstracto que ha reducido su personalidad a la exclusiva mira de hacer fortuna.

Todos los hombres aspiran a lo mismo, pero en el alma de los que viven inscritos en sociedades antiguas ocupa esa aspiración mucho menos espacio y no es la radical norma de sus actos, sino que se halla mediatizada por otras muchas normas y aspiraciones. La hipertrofia de aquella se produce a costa de éstas que, deprimidas, dejan libre la audacia.

La influencia que en la vida entera de la Argentina, en lo moral y aun en lo sentimental adquieren las crisis económicas sería inconcebible en una nación europea. Pero me parece un error explicar ese monstruoso influjo señalando simplemente la diferencia de constitución entre la economía de aquel país y la nuestra. La causa decisiva es psicológica y consiste, a mi juicio, en que dentro de cada individuo –no en la objetividad de los hechos económicos- ocupa el afán de riqueza un lugar completamente anómalo. Esta exorbitación del apetito económico es característica e inevitable en todo pueblo nutrido por el torrente migratorio.

Hay, pues, una relativa justificación para la defensividad del argentino. La porción de riqueza o posición social, el rango público de cualquier orden que un individuo posee está en constante peligro por la presión de apetitos en torno, que ningún otro imperativo modera. Donde la audacia es la forma cotidiana del trato, es forzoso vivir en perpetua alerta.

Estas inmensas tierras nuevas que surgen de pronto en medio de una civilización muy adelantada, como es la del mundo actual, ofrecen un número tal de posibilidades que no hay manera de realizarlas cumplidamente. Por ejemplo: el desarrollo, extensión y riqueza de la Argentina obliga a que se instituya en poco tiempo un buen golpe de universidades con un número muy crecido de cátedras. En Europa no han solido preexistir las cátedras a las capacidades. Al contrario, sólo cuando había un grupo crecido de gentes que venían largamente cultivando una disciplina se creaba el puesto público para su enseñanza. El proceso singularísimo de estas nuevas naciones americanas invierte el orden, y las cátedras, los puestos, los huecos sociales surgen antes que los hombres capaces de llenarlos. Lo propio acontece con la burocracia, los oficios técnicos, de sanidad, de justicia, etc. Todas esas funciones sociales tenían que ser por fuerza servidas, y como era ilusorio pretender que las sirvieran gentes capacitadas, se hizo desde luego normal que las sirviera cualquiera, aún con la más insuficiente preparación. Esto era multiplicar la audacia de los audaces: cualquier individuo puede, sin demencia, aspirar a cualquier puesto, porque la sociedad no se ha habituado a exigir competencia. Como esta incompetencia es muy general –dejo todo el margen de excepciones que se crea justo-, el tanto por ciento de personas que ejercen actividades y ocupan puestos de manera improvisada resulta enorme. Esto lo sabe muy bien cada cual en el secreto de su conciencia; sabe que no debía ser lo que es. Es decir, que a la inquietud suscitada por la presión de los demás se añade una inseguridad íntima, un sobresalto privado y permanente que es preciso compensar adoptando un gesto convencional, insincero, para convencer con él al contorno de que se es efectivamente lo que se representa. Así, mientras se procura convencer a los demás, de paso se intenta convencerse uno a sí mismo.

Ello es que el individuo no ha llegado a aquel puesto, oficio o rango por una necesidad interna, en virtud de un pasado que lo ha ido previniendo y como modelando para él, sino que súbitamente se encuentra dentro de él, como la cara en la careta. No habiendo la profesión, la actividad y posición que se sirve, nacido de la persona, sino más bien sobrevenido en torno a ella, no hay adherencia

entre el individuo y su figura social. Tiene aquél que llevar ésta a pulso, como en las fiestas aragonesas lleva alguno el *gigantón*. De aquí ese empeño en subrayar su papel público. Precisamente porque es un papel, porque el hombre no es auténticamente lo que pretende ser, necesita hacerlo constar. *Esto es un gallo*, escribía, según Cervantes, el pseudopintor Orbaneja, debajo de lo que había pintado.

Sería una agresión inútil objetar a esto que, por ejemplo, en España son muy frecuentes los casos de incapacidad, lo mismo en las cátedras que en los demás oficios, profesiones y puestos. El hecho es superlativamente cierto. Pero esa incapacidad que menudea en mi península no se parece nada a la que es habitual en la Argentina. El que en España ejerce una profesión no improvisa su ejercicio. Desde siempre vivió hacia él y para él. Lo que pasa es que carece de dotes naturales. En el argentino no se trata de que suela estar mal dotado, (sea dicho sin vacilación alguna: no creo que actualmente exista otro pueblo de habla española con mayores *posibilidades* de inteligencia que el argentino. Permítaseme que diga sólo posibilidades, pero he aprendido que la efectiva inteligencia se compone de otras muchas cosas además de la inteligencia *sensu stricto*.), sino que no se ha adscrito nunca a la actividad que ejerce, no la ha aceptado como su vital destino, no la considera jamás definitiva, sino a manera de etapa transitoria para lo único que le interesa: su avance en fortuna y jerarquía social. Por eso acontece que aun esos españoles peor dotados individualmente que los argentinos resultan superiores a ellos como profesionales.

En la Argentina es muy frecuente que la persona atraviese los más heterogéneos avatares, que sea hoy una cosa y mañana otra. Los oficios son camisas de serpiente, salvo que allí las camisas no suelen ser de las serpientes que las viste.

Todo esto significa una cosa que es preciso decir, aunque tal vez enoje. El inmoderado apetito de fortuna, la audacia, la incompetencia, la falta de adherencia y amor al oficio o puesto son caracteres conocidos que se dan endémicamente en todas las factorías. Eso, precisamente eso, distingue una sociedad nativa y orgánica de la sociedad abstracta y aluvial que se llama factoría. Un europeo que desconoce Sudamérica y embozado en sus prejuicios y petulancias de viejo continental supone que todos aquellos países siguen siendo, ¡claro está!, factorías, no podrá entender bien lo que acabo de decir. Porque Buenos Aires, con sus dos millones de habitantes y ese perfil del Estado que aparece riguroso tras todas las esquinas no es, ¡claro está!, nada factoría. Sólo sobre el fondo de esta evidencia puede tener interés mi escandalosa indicación. Son aquellos pueblos nacionalidades mucho más adultas de lo que se presume en Europa. Sin duda, la más avanzada en su desarrollo, la más hecha de todas ellas –al menos de las que he visitado es la República Argentina. Ninguna es menos factoría. Y, sin embargo, su propia pujanza la ha impedido estabilizarse como Chile o el Uruguay. Ha tenido que seguir creciendo aceleradamente, y esto mantiene en ella, junto a sus rasgos de relativa madurez, otros inesperadamente primitivos. No es fácil de expresar la idea que tengo y que me parece en su inevitable paradojismo ajustarse bastante a la realidad. Esta República es hoy menos factoría que ningún otro país sudamericano y, al mismo tiempo, lo es más.

Para aclarar este pensamiento podemos recurrir a una imagen gráfica y representarnos aquella sociedad dividida en dos partes: un núcleo perfectamente nacionalizado, y en torno una periferia de la reciente emigración. Dentro, pues, de ella hay dos componentes en muy distinto estado de

evolución y, podría decirse, con diferente cronología. ¿Es esto una ilusión óptica que padece el viajero? O ¿es, por ventura, el esquema de la situación dinámica que mueve hoy radicalmente la vida pública de aquel país, sobre todo, que la va a mover en los años próximos? ¿No se está empezando a vivir un nuevo período de la lucha entre el tipo de hombre propiamente argentino y el tipo de hombre abstracto que es el de factoría, el hombre aún no argentinizado? He de decir que en mi último viaje –doce años después del primero– me ha parecido notar un crecimiento de la dimensión de factoría que posee la Argentina, con la recíproca mengua del otro componente. Y es natural que en una historia como la de este país –tan parecida en muchos puntos a la de Roma– sobrevenga un forcejeo periódico entre ambos ingredientes sociales. En este momento domina el hombre abstracto que el mar ha traído sobre el hombre histórico que la tierra ha plasmado. El *prestísimo* de aquella historia no ha dado tiempo a la tierra para que digiera el aluvión atlántico. Es inevitable: durante unos años la Argentina sufrirá de histórica indigestión.

Tal vez la palabra *factoría* suene mal a los oídos argentinos. Pero será un error este asco hacia un vocablo tras del cual palpita el magnífico destino de aquel país. Bastaría sustituir el fonema latino por su equivalente griego para hacer patente toda la dignidad de lo que significa. La factoría es estrictamente el emporio. Y esto fue Roma. Y no se entienden los maravillosos destinos de Roma si no se parte de una sociología de los emporios. Creo que nada aclararía más a los argentinos la evolución de su país como un análisis sociológico de la primera historia romana.

Esta dualidad del cuerpo colectivo, que no cesará en la Argentina hasta que deje de ser emporio y se convierta en una nación como las demás, orgánica y de paso lento, impone por sí misma al individuo una índole también dual. Le obliga, quiera o no, a preocuparse demasiado de representar su papel. Los oficios y puestos o rangos suelen ser, como he indicado, situaciones externas al sujeto, sin adherencia ni continuidad con su ser íntimo. Son *posiciones*, en el sentido bélico de la palabra, ventajas transitorias que se defienden mientras facilitan el avance individual. Esto da irremediamente un carácter extrínseco y frívolo a la relación entre el individuo y su situación. El individuo que es periodista, o industrial, o catedrático, no lo es ante sí mismo y para sí mismo; no lo es irrevocablemente, no ve su profesión como su destino vital, sino como algo que ahora le pasa, como una mera anécdota, como *papel*. De este modo la vida de la persona queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o *papel*. Entre ambas no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicarnos por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no comunica consigo.

Pero es preciso adentrarse más en esta peculiarísima psicología. La estructura pública de la Argentina fomenta ese dualismo del alma individual; pero es evidente que, si no hubiese en el modo de ser nativo una propensión de igual tendencia, aquel influjo exterior quedaría mitigado y acaso compensado. Tenemos pues, que observar desde dentro al individuo, aparte de las influencias que del contorno recibe.

Cuando se mira desde dentro este hecho tremebundo que es nuestra vida, la de cada cual, pronto advertimos que consiste radicalmente en un dinamismo. Quiero decir que nuestra vida no es nunca un simple estar, un puro yacer. Vivir es siempre vivir por algo o para algo, es un verbo transitivo. De aquí que no pueda existir una vida humana sin un interés vital que sostiene, constituye y organiza

esa vida. En el momento que todo interés vital se aflojase por completo y efectivamente, la vida dejaría de ser.

Ese interés vital puede ser singular o plural, consistir en esto o en lo otro; pero de él deriva todo lo demás que somos. Por eso yo le llamo resorte vital. Y para entender a un hombre y averiguar la anatomía de su alma hay que indagar, ante todo, cuál es su resorte o resortes vitales, qué es lo que primeramente le interesa del Universo, a qué tiene puesta su atención más espontánea. La vida es tensión en el sentido mecánico de la palabra; la tensión supone un resorte que la produce y mantiene, y el resorte, a su vez, requiere alguna cosa donde esté prendido para tenderse; algo que tirando de él provoque su dinamismo.

Yo me he preguntado muchas veces cuál es el resorte vital característico de este tipo de hombre, predominante en la Argentina. ¿A qué tiene puesta su vida, radicalmente puesta? Los aparatos corporales y psicológicos con que se halla dotado para vivir son magníficos: tienen la elasticidad, ímpetu y frescura propios de toda juventud zoológica. Por eso todo el mundo le atrae, le da sabor, le inquieta. De aquí su universal curiosidad, su apetito omnívoro. Se acerca a la ciencia, a las artes, a los placeres, a los deportes, a la lucha política, a la ambición, a los negocios, a todo, en suma. Pero he ahí la distinción fundamental que es preciso hacer que se debe hacer si se quiere llegar a una verdadera psicología. Nuestra vida no es el funcionamiento de nuestros aparatos corporales y espirituales. Todo eso no es más que la máquina con que vivimos. Nuestra vida comienza cuando un misterioso principio, que es el carácter, pone en movimiento todos esos mecanismos según su inspiración. La cosa es bien clara. Un hombre no es un hombre de ciencia simplemente porque posea dotes psíquicas egregias para su cultivo. Tal vez no le *interesa* la ciencia y si el triunfo político o los placeres. Nuestro cuerpo y nuestra alma no son nuestra persona, ésta es más bien el carácter. No veo que se haya entendido la profunda sugestión de Kant, cuando habla del *carácter inteligible*. Pero me es imposible aquí desarrollar mi idea de la psicología, tan remota de todas las vigentes.

Así, resulta que el argentino, mecánicamente atraído por todas aquellas cosas merced a la excelencia de su aparato psicofisiológico, no tiene puesta su vida en ninguna de ellas.

Hay una vieja noción que es preciso rehabilitar, dándole un lugar más importante que nunca ha tenido: es la idea de vocación. No hay vida sin vocación, sin llamada íntima. La vocación procede del resorte vital y de ella nace, a su vez, aquel proyecto de sí misma que en todo instante es nuestra vida. A veces la vocación del individuo coincide con las formas de vida, que se denominan según los oficios o profesiones. Hay individuos que, en efecto, son vitalmente pintores, políticos, negociantes, religiosos. Hay muchos en cambio, que ejercen esas profesiones sin *serlas* vitalmente. Pues bien; yo creo que son sobremanera insólitas en la Argentina las vocaciones profesionales; o dicho inversamente: que el argentino típico no tiene puesta su vida de manera espontánea a ninguna ocupación particular. Ni siquiera a los placeres. Es un error atribuir al criollo una vocación sensual o, ampliando más la órbita de los goces, epicúrea. Todas esas vocaciones llaman a la persona fuera de sí y hacen que su vida consista en un olvido de sí mismo, en un radical entusiasmo y entrega a aquellas cosas. No es sólo el sabio o el religioso quienes se entregan a algo distinto y trascendente de ellos, sino también el gozador. No es tan fácil como se supone ser verdaderamente sensual o epicúreo.



CEGOB



De esta manera llego a una primera fórmula, que me aclara un poco la impresión producida en el europeo por el hombre del Plata: el argentino es un hombre admirablemente dotado, que no se entrega a nada, que no ha sumergido irrevocablemente su existencia en el servicio de alguna cosa distinta de él. Ahora bien; el europeo es de todos los hombres conocidos, hoy y ayer, el que más se entrega. Ni el asiático ni el grecorromano han sentido tan esencialmente la vida como misión, como servicio a algo más allá de él mismo. Por esta razón ha sido el más creador. Vivir para él consistía en hacer cosas. El estoico aguanta con dignidad la vida; es decir, el destino, que ve, por tanto, como un poder cósmico externo a él, tal cual la roca veía el mar que la bate. El europeo se entrega a la vida, al destino, y por tanto, hace del destino su vida misma, lo toma y acepta. A esto le llamo sentir la vida como misión.

Pero el argentino tiende a resbalar sobre toda ocupación o destino concreto; no se da a él con plenitud, se queda en reserva tras él, no se confunde con él. Es inevitable que parezca al europeo superlativamente frívolo. No hay verosimilitud de que sin entrega radical a un modo de vida, los gestos, actos, ideas, emanaciones de esa vida posean plena sustancia y densidad. Todo lo que el sujeto haga en tal disposición parecerá no más que ademán y finta. El argentino, no resolviéndose a olvidar su propio ser en algo más allá de él, a sumergirse en alguna misión, es un hombre que no acepta el destino. Sabe sufrirlo con entereza –el hombre del Plata es muy bravo ante el destino–, pero no lo asume.

Siento no conocer bien la zona secreta de las relaciones eróticas en la Argentina, porque fuera ese territorio delicadísimo el lugar más a propósito para confirmar o desechar mi diagnóstico. ¿Es el argentino un buen amorador? ¿Tiene vocación de amar? ¿Sabe enajenarse? O por el contrario, ¿más que amar él, se complace en verse amado, buscando así en el suceso erótico una ocasión más para entusiasmarse consigo mismo?

Porque a ello venimos forzosamente: si el tipo de hombre que escrutamos no tiene puesta su vida a ninguna ocupación o cosa en que ésta parece olvidarse de sí misma y enajenarse, ¿a qué tiene puesta su vida? ¿Qué es lo que a la persona interesa más del universo?

Planteada sí la cuestión, se juzgará que sólo cabe una respuesta: la persona que no se interesa radicalmente por nada, sólo se interesa por sí misma. Indole semejante suele llamarse egoísmo. ¿Es menester tan largo y difícil rodeo para acabar en el descubrimiento de que el argentino es un hombre egoísta? La verdad es que no merecería la pena el resultado. Pero además sería un grueso error. Un tipo de humanidad no se puede definir por un defecto. Podrá el modo de ser que investigamos facilitar la frecuencia de determinados defectos. Más aún, todo modo de ser trae consigo un repertorio de degeneraciones afines, como cada contextura corporal –la obesidad, la delgadez, el atletismo– predetermina cierta clase de enfermedades. En Buenos Aires he oído a muchos argentinos quejarse del egoísmo frecuente en sus compatriotas. Pero, a mi juicio, esta calificación es errónea. Con egoístas no se hace en un siglo un pueblo del porte que hoy tiene la Argentina. Además, esa suposición de egoísmo congénito no explica ninguna de las demás peculiaridades.

No; es otra cosa. Una distinción, sutil, al primer pronto, nos pone en una pista muy diferente. Este tipo de hombre no tiene, en efecto, puesta su vida a nada, pero tampoco es su persona lo que más le interesa. Lo que más le interesa, lo que le preocupa es... la idea que él tiene de su persona.

Ahora bien, el egoísmo consiste en no servir a nada fuera de sí, en no trascender de sí mismo. El egoísta es un hombre sin ideal.

Pero el argentino es un frenético idealista; tiene su vida puesta a una cosa que no es él mismo, a un ideal, a la idea o ideal que él mismo tiene de sí mismo.

Esto me parece algo más interesante; esto ya merece la pena de fijar la atención, porque es un modo de ser hombre nada sólito, curiosísimo, sutilísimo.

El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es su persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee. Esta imagen no se le ha formado en tal o cual fecha durante su existencia, sino que, al encontrarse viviendo, se encuentra ya con una espléndida idea de sí mismo. No es una idea precisa, compuesta de tales o cuales atributos determinados; no es que se *crea* un sabio, un Apolo, un gran político, etc. Esto fuera simplemente vanidad. Él no sabe bien lo que cree ser, no puede precisar las facciones de su propia fisonomía ideal, pero siente que estima mucho a ese impreciso personaje que resulta ser él. No hay modo de eludir la única expresión rigurosa: el argentino se gusta a sí mismo. Si se entienden con exactitud estas palabras, se verá que no implican por fuerza esencial vanidad. Lo que nos gusta no tiene por qué parecernos lo mejor del mundo. No es cuestión de que su valor sea mayor o menor. Basta con que nos parezca que tiene alguno y con que tal y como es nos guste.

Prosigamos. Al argentino le gusta la imagen que de sí mismo tiene. En esa imagen de conjunto impreciso, de calidades y atributos borrosos hay, sin embargo, algunos rasgos claros. Por ejemplo, uno de los ingredientes de ella es la argentinidad misma. Ser de la nación argentina, pertenecer a este pueblo es un motivo de orgullo elemental, indiscutible, previo, que actúa en todo argentino. Inclusive el que por reflexión llega a un juicio menos favorable de su pueblo, sigue sintiendo ese impulso en todo su vigor, porque, afortunadamente, se trata de un resorte primario anterior y más profundo que todas las reflexiones. Nace el individuo con una fe ciega en el destino glorioso de su pueblo, da por cumplidas ya todas las grandezas de su futuro y, sintiéndose miembro de él, apunta su persona privada la gloria de ese porvenir colectivo como un presente. Es ello una de las grandes fuerzas que empujan a este país: la idea de la nación actúa desde luego en el alma individual formando uno de sus ejes, por lo mismo inseparable de él. En su más íntimo ser cada individuo vive radicalmente de la idea de la colectividad, lo cual –a despecho de la frivolidad en el detalle de las vidas- asegura a este pueblo un género de patriotismo que difícilmente comprendemos los europeos, como no sea los ingleses. Habría que deshacer a la persona para disociarla de su nación.

De suerte parecida, aunque más confusamente, inscribe en su imagen todas las capacidades, todas las posibilidades, que al ser así proyectadas en la idea, se convierten para él en efectividades. Por ejemplo: un joven argentino –casi, casi todo joven argentino- se ve a sí mismo como un posible gran escritor. El no lo es aún, pero su persona imaginaria lo es desde luego, y lo que ve de *sí mismo* no es aquella su realidad, aún insuficiente, sino esa proyección en lo perfecto. Como es natural, está

encantado con ese sí mismo que se ha encontrado y ya no se preocupará en serio para hacer efectiva su posibilidad. No atenderá radicalmente a cuanto le vaya pasando de hecho en su existencia, a las ocupaciones que vaya ejerciendo, ni siquiera a lo que escriba, porque como nada de ello, ni aún su producción es aún lo propio de un gran escritor, y él sabe que lo es, no tiene apenas que ver con él, no lo considera como su verdadera vida, sino como mero acontecimiento externo que no merece formal atención. Sólo se hará solidario de lo único que está en su poder: el gesto, y, en efecto, desde luego y sin descanso adoptará el gesto que a su juicio, corresponde a un gran escritor. De aquí que con tanta frecuencia, los escritores argentinos comienzan siendo grandes escritores.

Me sirvo de esta caricatura para esclarecer lo que pienso exacerbándolo. Porque no es fácil de decir lo que vislumbro: que el argentino típico no tiene más vocación que la de ser ya el que se imagina ser. Vive, pues, entregado, pero no a una realidad, sino a una imagen. Y una imagen no se puede vivir sino contemplándola. Y, en efecto, el argentino se está mirando siempre reflejado en la propia imaginación. Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso. Lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo.

No se crea, sin más ni más, que es esto tan puro defecto como parece al pronto. Una dosis de narcisismo actúa en toda alma de destino elevado. El hombre chabacano, que se abandona a cada circunstancia de la vida, sin exigir nada de sí mismo, no es Narciso simplemente porque no se estima. En su último fondo se desprecia y tiene horror de su propio ser exento de toda calidad. Por eso procura no tenerse a sí mismo presente, sino que prefiere olvidarse. Una existencia disciplinada, cuando es religiosa, requiere que la persona sienta constantemente la presencia de Dios, como un espectador y juez que impide el abandono y el acto vil. Cuando no es precisamente religiosa, la existencia altanera exige que nos tengamos presentes a nosotros mismos. Y yo no vacilo en reconocer que muchas cosas logradas ya en la vida argentina, proceden de este culto a la idea de sí mismo, que constituye la forma más auténtica de vida en el individuo medio de aquel país. Claro que las cualidades superiores no se pueden lograr así. Así podemos traer a nuestra persona, poner en ella todo lo imaginable, pero cuya adquisición no suponga sacrificio, entrega a eso mismo que queremos traer a nosotros.

No me atemorizaría afirmar que el narcisismo es una dimensión de toda alma sublime.

Pero el argentino es demasiado Narciso, lo es radicalmente. Vive absorto en la atención a su propia imagen. No se desentiende de ella casi nunca para absorberse en las ocupaciones que integran la vida plenaria. Se mira, se mira sin descanso. Está de espaldas a la vida, fija la vista en su quimera personal. De aquí esa impresión que nos produce y que expresáramos diciendo que en el argentino todo nos parece subrayado, por lo pronto su físico. El evidente exceso de repulimento en el vestir es una consecuencia de esta perpetua atención hacia sí. Se está siempre visitando a sí mismo y necesita encontrarse siempre pulido y repulido. En cambio, el francés y el alemán, que son, bien que por razones distintas, los dos hombres más distraídos de sí, más entregados a otras cosas, son los que visten peor en este planeta.

La tragedia de Narciso es que, ocupado exclusivamente en contemplarse, le ahoga su propia imagen, es decir, que no vive. De vivir, sería su imagen el viviente. Pero una imagen solo tiene una vida imaginaria, aparente, ficticia. Esto es lo grave en la psicología del argentino. No es el egoísmo, no la

vanidad. Su índole favorece sobre manera estos dos vicios y no ocultaré que los casos más cómicos de vanidad que he conocido los he encontrado en la Argentina. Pero ambos defectos, como he dicho antes, son naturales degeneraciones de cierto modo de ser y no califican primariamente al tipo de hombre que analizo. El egoísmo es una falta de atención a los demás seres y cosas. Pero lo grave del Narcisismo no es que desatienda a los demás, sino que lleva a desatender la propia persona real, la auténtica vida. Se acostumbra el individuo a negar su ser espontáneo en beneficio del personaje imaginario que cree ser. Lleva a la más extraña insolidaridad consigo mismo. Por tomar en cada instante la postura que aquel personaje irreal tomaría, renuncia a la actitud sincera que la persona real querría adoptar. Y así un día y otro y siempre. Al cabo queda anulada, atrofiada la intimidad, que es nuestro único tesoro verdadero, que es la sola potencia efectiva capaz de crear, en todo orden, desde la ciencia, pasando por la política, hasta en el amor y la conversación.

Quien sabe eludir los *trompe l'oeil* psicológicos y ha visto, como por una rendija, la magnífica intimidad que el hombre argentino llega a paralizar dentro de sí por reducirse a la fruición de su imagen, se impacientará pensando en todo lo que podría ser ya este pueblo –lo que podría haber creado en los órdenes más altos- sin más que moderar aquella propensión. Se impacientará de que en el *pueblo con más vigorosos resortes históricos que existe hoy*, haya faltado una minoría enérgica que suscite una nueva moral en la sociedad, llame al argentino a sí mismo, a su efectiva intimidad y sinceridad, temple con rigor su narcisismo, se muestre intratable para cuanto es mera *postura o papel* y le fuerce a vivir verdaderamente, a manar, a brotar de su riqueza interior, en vez de mantenerse en perpetua deserción de sí mismo. El día que tal minoría enseñe a este hombre a *aceptar hondamente su individual destino*, a existir formalmente y no en gesticulación y representación de un *rôle* imaginario, la Argentina ascenderá de manera automática en la jerarquía de las más altas calidades históricas, porque el hombre del Plata es uno de los mejor dotados que acaso haya. Se impacientará tanto, repito, que escribirá este pequeño ensayo.

Al cabo de él, percibimos que aparece una extrema coincidencia entre la sociedad argentina y el individuo. Como aquella hieratiza en un Estado demasiado sólido la idea que de su propia colectividad tiene, así el individuo paraliza su vida suplantándola por la imagen que de sí posee. No es rara la coincidencia. Veinticuatro siglos hace, Platón insinuaba que en la sociedad el hombre está escrito en letras grandes, y, viceversa, el hombre transcribe en letras menudas lo que es la Sociedad.

Es natural que no nos sea fácil comunicar con el argentino. Nosotros buscamos su intimidad y él nos presenta su imagen ideal, su *rôle*. Como no tiene éste realidad por sí, sólo obtendrá la que el individuo se esfuerce en imponernos. De aquí su interés en subrayarla incesantemente, en hacerla constar. De aquí su perpetua defensiva. De aquí su ilimitada susceptibilidad.

Llamar tacto al acierto en el trato social es una ejemplar agudeza del idioma. Porque, en efecto, consiste en no rozar la entidad que tenemos delante, no tropezar con sus formas y facciones o hacerlo suavemente y sin choque. Quien se precie con fundamento de tener mucho tacto, puede estar seguro de no herir a casi nadie en el comercio mundano. Pero en la Argentina fracasaría. Porque él puede responder de que su tacto le permitirá no tropezar con ninguna realidad, pero como el argentino no suele ser lo que realmente es, sino que se ha trasladado a vivir dentro del personaje que imagina ser, el tacto no le sirve de nada. No se palpa lo impalpable. Por eso en Buenos



CEGOB



Aires todo movimiento que se haga hiere a alguien, viola alguna personalidad secreta, ofende a algún fantasma íntimo.

Preocupado el argentino de que reconozcamos su fantasma personal, permanecerá artillado delante de nosotros. Si una superior cultura y otras clases de frenos no la mantienen, en esta defensiva, la inseguridad que siente respecto de sí mismo, la urgencia de nutrir con nuestro reconocimiento la fe en su imagen que en cada instante pierde y vuelve a ganar, le hará adelantarse hasta maneras agresivas.

Este es el origen de una modalidad humana cuya frecuencia es característica de la Argentina. Si se quiere penetrar en los secretos de un país, conviene fijarse en las palabras de su idioma que no se pueden traducir sobre todo cuando significan modos de ser. La razón es perogrullesca. Si falta el equivalente en el lenguaje de otros pueblos es que en ellos la realidad significada no existe o existe insólitamente. En cambio, la existencia de un vocablo intraducible revela que cierta clase de hechos forma en aquella sociedad compacta masa y se impone a la mente exigiendo una denominación. Así la palabra española *cursi* no puede verse en ninguna de otro idioma. El hecho que enuncia es – en rigor fue- exclusivamente español. Si se analizase, lupa en mano, el significado de *cursi* se vería en él concentrada toda la historia española de 1850 a 1900. La cursilería como endemia sólo puede producirse en un pueblo anormalmente pobre que se ve obligado a vivir en la atmósfera del siglo XIX europeo, en plena democracia y capitalismo. La cursilería es una misma cosa con la carencia de una fuerte burguesía, fuerte moral y económicamente. Ahora bien, esta ausencia es el factor decisivo de la historia de España en la última centuria.

La palabra argentina a que me refiero, indócil a toda versión, es *guarango*. Si yo fuese argentino y, a pesar de serlo, lograrse dar a mi vida un sentido de servicio o misión, y en algún momento prefiriese denominar esta misión sin solemnidad, con desgaire cómico, diría que iba a dedicar mi existencia a la superación del *guaranguismo*. Como todo vicio es una virtud fermentada y la degeneración de alguna buena calidad, en el *guaranguismo* se ocultan desviados los resortes mejores del alma argentina.

El *guarango* o *la guaranga* siente un enorme apetito de ser algo admirable, superlativo, único. No sabe bien qué, pero vive embriagado con esa vaga maravilla que presiente ser. Para existir necesita creer en esa imagen de sí mismo y para creer necesita alimentarse de triunfos. Mas como la realidad de su vida no corresponde a esa imagen y no le sobrevienen auténticos triunfos, duda de sí mismo deplorablemente. Para sostenerse sobre la existencia necesita compensarse, sentir de alguna manera la realidad de esa fuerte personalidad que quisiera ser. Ya que los demás no parecen espontáneamente dispuestos a reconocerlo, tomará el hábito de aventajarse él de forma violenta. De aquí que el *guarango* no se contente con defender su ser imaginario, sino que para defenderlo comience desde luego por la agresión. El *guarango* es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí, dará codazo al caminar entre la gente para abrirse paso y crearse ámbito. Iniciará la conversación con una impertinencia para romper brecha en el prójimo y sentirse seguro sobre sus ruinas.



CEGOB



Fingirá tácitamente no reconocer miramientos, ni distancias, ni rangos, ni reglas de trato. Si es intelectual, su producción no consistirá en la expresión de ideas sustantivas, sino en ataques vacíos y sin congruencia con lo atacado, a veces en meros insultos cuyo estallido en el aire le dan la grata impresión de que, en efecto, existe. La *guaranga* producirá estos estallidos acumulando en su traje colores y ornamentos llamativos, exagerando los ademanes, sin renunciar por esto a la agresividad verbal.

Femenino o masculino, el *guarango* corroborará su imaginaria superioridad sobre el prójimo, sometiéndole a burlas de peor gusto, y si es especialmente tímido recurrirá al anónimo. (Buenos Aires es la ciudad de los anónimos.)

Como se ve, es el *guarango* la forma desmesurada y más gruesa de esa propensión a vivir absorto en la idea de sí mismo que padece el hombre argentino.

Pero no se olvide que todo ese deplorable mecanismo va movido originariamente por un enorme afán de ser más, por una exigencia de poseer altos destinos. Y esto es una fuerza radical mucho menos frecuente en las razas humanas de lo que suele creerse. El pueblo que no la posee no tiene remedio: es lo único que no cabe inyectar en el hombre. Se puede inventar la turbina, pero no el salto de agua que la mueva. Este tiene que existir de antemano, milagrosamente. Supuesto dinámico de todo lo demás, el nivel de su energía predetermina la historia del individuo y de la nación.

Este dinamismo es el tesoro fabuloso que posee la Argentina. Yo no conozco –lo repito- ningún otro pueblo actual donde los resortes radicales y decisivos sean más poderosos. Contando con parejo ímpetu elemental, con esa decisión frenética de vivir y de vivir en grande, se puede hacer de una raza lo que se quiera. Por eso, buen *aficionado a pueblos*, aunque transeúnte, me he estremecido al pasar junto a una posibilidad de alta historia y óptima humanidad con tantos quilates como la Argentina. Síntoma de ese estremecimiento y no otra cosa son estas páginas donde he intentado guardar la equidistancia entre el halago y el vejamen.

Septiembre 1929.
